

Clara Martínez Albelda
Colegio Abecé (Gandía)
COMUNIDAD VALENCIANA



El Hilván

La cálida luz vespertina se cuela furtivamente por los pliegues del visillo para jugar traviesa con las motas de polvo que flotan ociosas en el aire.

Al otro lado de la ventana la vida comienza a bullir, despertando de la letargia y del sopor propio de las primeras horas de una tarde cualquiera de verano. La música de una radio rompe el silencio que inunda la sala.

“¿Quién canta? No parece Marifé... ¿Será la Piquer?”

Conchín deja caer un retal de tela sobre su falda, su bonita falda azul. Después de tantos años vistiendo monocolor, por fin algunas piezas salpican alegremente su triste vestidor. Cuatro años de luto riguroso por la muerte de una abuela a la que apenas conoció, pero claro, el temor a la maldad del aburrimiento que siempre se esconde tras las contraventanas y las puertas de las estrechas calles de su pueblo, doblegó la voluntad de su madre, que claudicó al que dirán. Y así su infancia, fue una infancia en blanco y negro. Resignadas, ella y su hermana pequeña, contemplaban de lejos la vida multicolor.

“Pronto empezará Ana Rosa, ¡está tan interesante! Es extraño que ella no esté aquí... “ piensa Conchín. “El capítulo de ayer estuvo muy intrigante. ¿Qué pasará con la protagonista? ¿Se fugará con el galán?” Qué exótico y lejano le resultaba es mundo de ensueño. Amor y aventuras. Solo aquellas meriendas, una malta calentita y un trozo de pan con aceite, escuchando la radionovela de moda, habían aportado a su infancia y juventud briznas de una vida que jamás tendría.

Mientras rebusca en su anárquico costurero la bobina de hilo de algodón para coser un hilván, la alegre mirada de Paco revolotea en su pecho haciéndola sonreír y que el rubor tiña sus mejillas.

- Mira, mira - le daban con el codo sus amigas cuando ayer, por “casualidad”, se lo encontraron al lado del almacén donde él pasaba cuentas.

Y él, él la miró dedicándole una amplia sonrisa. ¿Se habría dado cuenta de su nuevo vestido azul?

Unos pasos que se acercan por el pasillo interrumpen bruscamente el vuelo de las mariposas en su estómago, en su corazón, en sus suspiros.

Presurosa vuelve a rebuscar.

“¿Dónde lo habrá puesto? Madre se enfadará... <<¡Conchín, el dedal! Mira que te saldrá un horrible callo que te afeará tus preciosas y delicadas manos>>, me suele repetir, persistente, con dulzura”.

Pero dentro de esa caja de mimbre, forrada en su interior con un delicado piqué estampado, todo parece tener vida propia. Las bobinas de hilo juegan revoltosas al escondite con viejos frascos de medicina, que ahora guardan corchetes y botones de antiguas blusas y faldas. Mientras el afiletero, todo un revolucionario, se niega a mantenerse en su rincón. Todos ellos conviven con retales de tela y también de vida, como la carta de una amiga en su último cumpleaños e incluso una hoja de una vieja libreta de caligrafía. Y en medio de ese universo, en algún lado, debe encontrarse su dedal, un regalo de su padre de su último viaje a Valencia, es sencillo, de latón decorado con delicados apliques de nácar.

De repente, sus manos tropiezan con un objeto de cristal, un reloj de arena que su padre le trajo de uno de sus viajes.

- Para mi pequeña atolondrada. Coser no es cosa de punto largo o de un buen tirón. Constantes, como la arena que cae en el reloj de arena, así es como deben trabajar las manos de una buena costurera - le dijo, dándole un sobrio beso en la frente.

Desde entonces, lo guarda con cariño dentro de su costurero y le gusta voltearlo al acabar un bajo o rematar una puntilla.

La puerta se abre y una jovencita de cabellos largos suavemente ondulados entra en la sala.

“¿Quiénes? ¿Será una amiga de mi hermana?” Pero hay algo en la dulzura de su mirada, en la compasión de su sonrisa, que perturba y asusta a Conchín.

La joven se le acerca y la acaricia con delicadeza.

- Yaya, ¿qué buscas? ¿Quieres que te ayude? - le dice la muchacha.

Esa caricia la sacude, la aturde, aleja a Paco.

- Mira yaya, te he traído la merienda. ¿Quieres que ponga la radio? Es lunes, seguro que Francino ya ha empezado su programa - Vuelve a intervenir la joven para después depositar un dulce beso sobre su mejilla.

Conchín desubicada, abrumada, intenta hablar pero solo sus hojas son capaces de expresarse.

- Siempre te ha encantado escuchar la radio - dice la jovencita, sonriente, mientras enciende un viejo y anticuado transistor.

Suena una alegre melodía.

- Relatos en cadena, historias de tan solo cien palabras para un premio de seis mil euros - dice una voz femenina.
- Nos encontramos una semana más con Benjamín Prado, miembro del jurado. Han sido tre los relatos seleccionados esta vez - comenta con energía el locutor.
- Así es, esta vez la decisión ha sido muy difícil. La semana pasado lo dejamos con una oración muy complicada: “Era necesario parar el tiempo” y aún así han sido más de cincuenta los relatos presentados...

El programa que suena no es *Ana Rosa*, ni tampoco la joven de su hermana, pero dentro de su oscuridad, la dulzura y el amor infinito en la mirada de la muchacha le aportan a Conchín una calma a la que su perturbada y desgarrada alma se aferra.

Cabizbaja, repara en el callo, que tantos años sin dedal le han dejado en su dedo corazón, que la enfrenta a su cruda realidad, un abismo del que ya no puede escapar.

Constante pero lentamente cae la arena del reloj, en su mano la aguja con el hilo de algodón enhebrado. Y en su corazón el de coser con fuerza todos los recuerdos que implacablemente se escapan de su deshilachada memoria.